

# EL ÁFRICA DEL PORVENIR

POR

D. ANTONIO PAREJA SERRADA

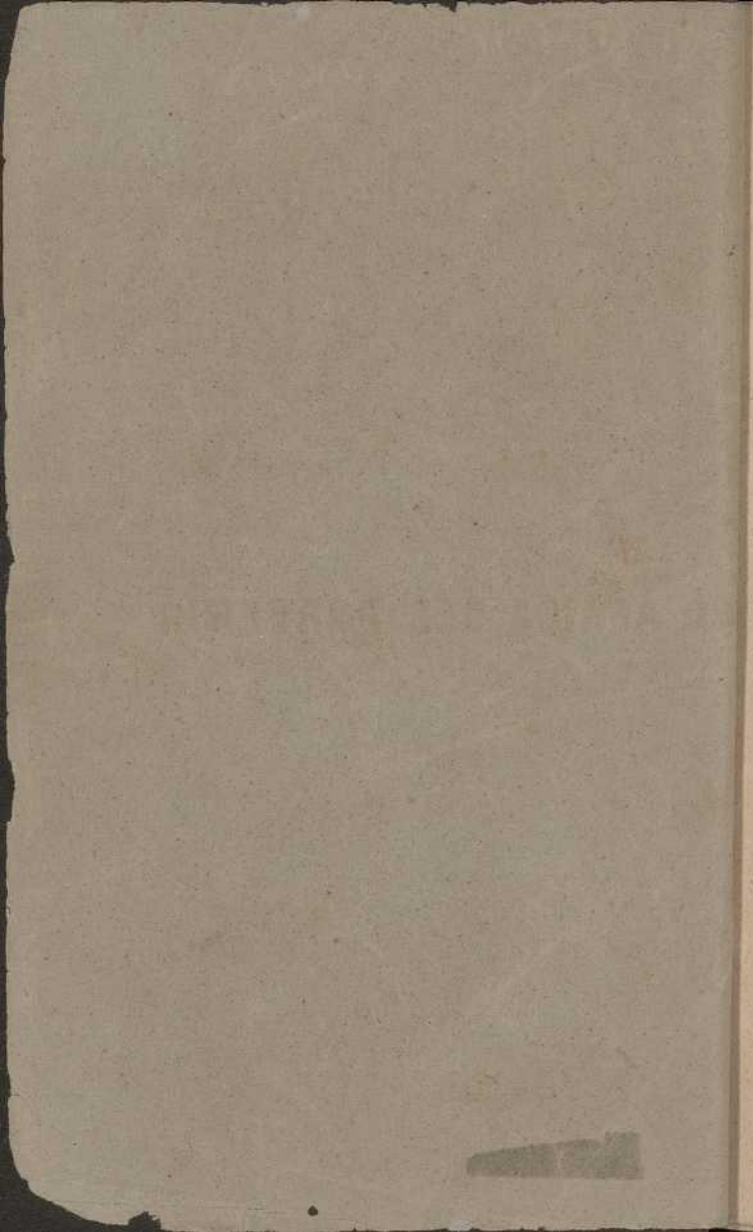


MADRID, 1881

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE RAMON ANGULO

San Vicente Baja. 63 triplicado.

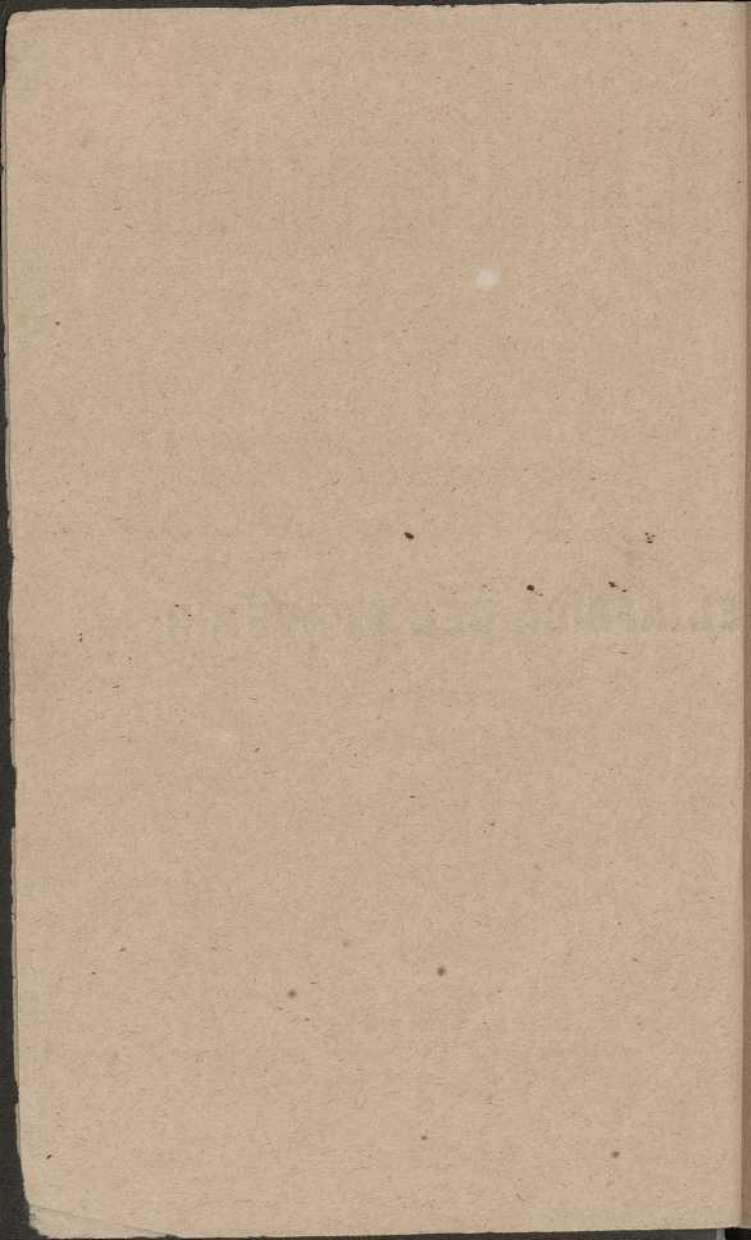
95



95

# EL ÁFRICA DEL PORVENIR





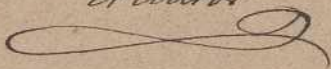
# EL ÁFRICA DEL PORVENIR

PGR

D. ANTONIO PAREJA SERRADA

*A la Biblioteca Provincial de  
Guadalajara.*

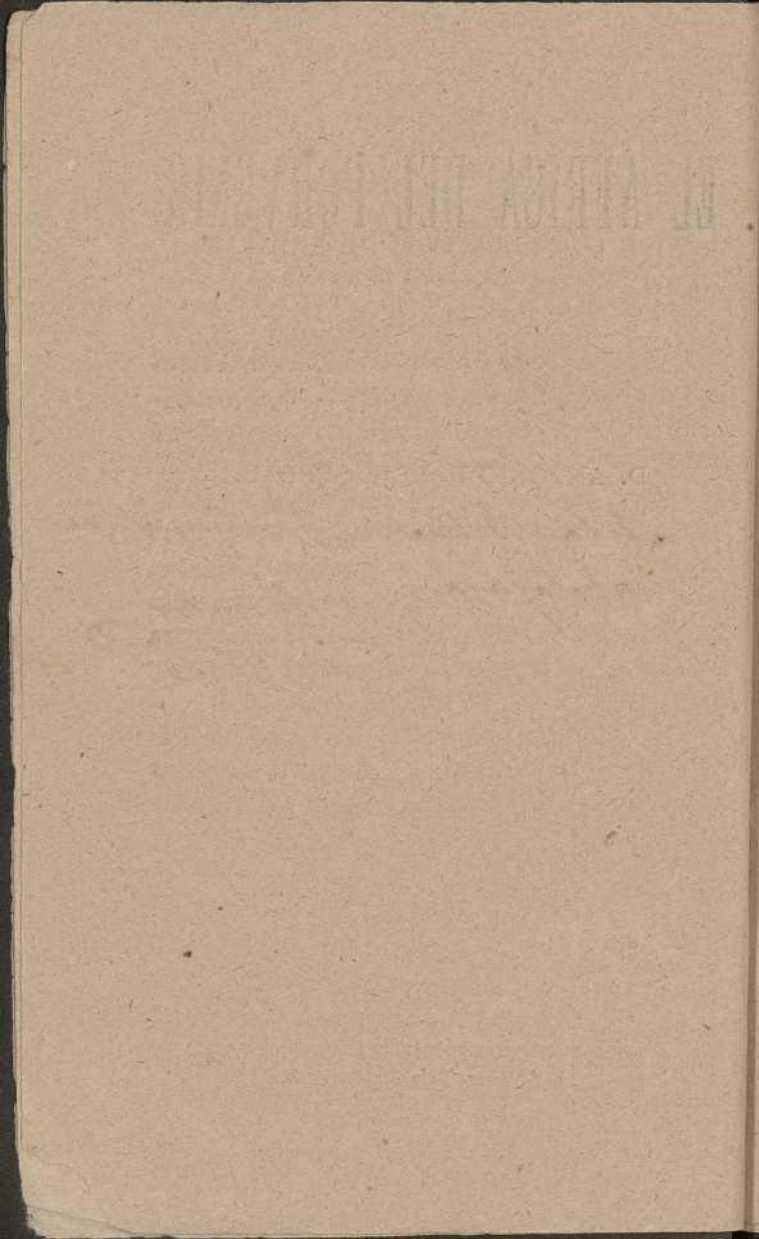
*El autor*



R. 60977

MADRID, 1881

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE RAMON ANGULO  
San Vicente Baja, 69, triplicado.





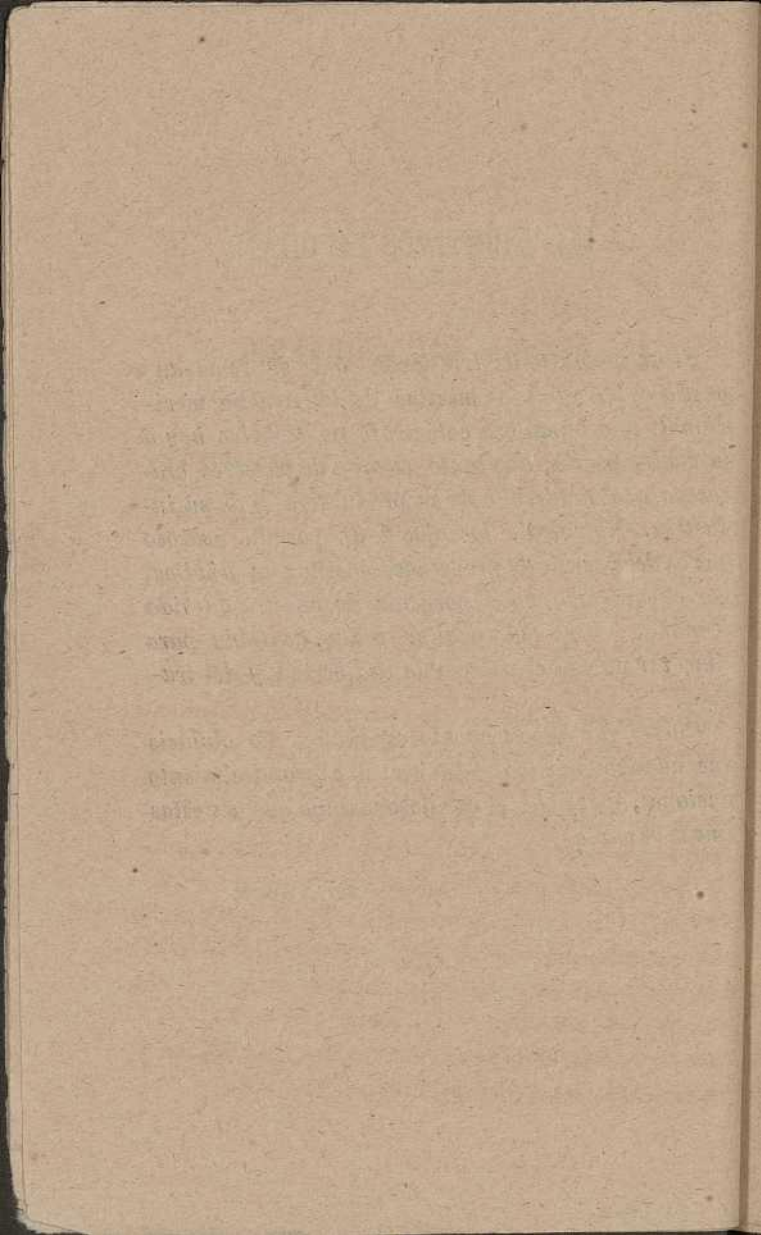
## A LOS FUGITIVOS DE ORÁN

---

*Si un momento de irreflexion ó de suprema angustia os arrojó á las mesetas de la Argelia meridional, una espantosa catástrofe os devuelve hoy á la madre pátria, que tanto necesita de vuestros brazos para el desarrollo de su produccion y de su industria. No volvais los ojos á un pasado azaroso que os debe servir de provechosa enseñanza; fijadlos, por el contrario, en el porvenir de nuestra querida España, y lleve cada cual su grano de arena para cimentar en ella el palacio de la libertad y del trabajo.*

*Puesto que habeis nacido españoles, no olvidéis que vuestro objetivo debe ser el engrandecimiento nacional, y recibid el cariñoso saludo que en estas líneas os envia*

**El Autor.**



## EL ÁFRICA DEL PORVENIR.

---

Breves consideraciones acerca de la necesidad de una intervencion general latina en el Norte de su continente, como medio de civilizacion y progreso.

Hay en la vida de los pueblos una perfecta paridad á la vida del individuo, una tan estrecha relacion entre el todo y su componente, que estudiando á uno de ellos analizamos á todos en general. Por esta ley de relacion vienen los hechos del hombre, tanto en su vida privada como en la pública, á condensarse en la historia de la humanidad reflejando en sus páginas los caracteres peculiares á cada nacion y á cada época, y por ella tambien asistimos al sublime espectáculo de transformaciones sociales que, aunque lentas en su desarrollo, son tan profundas y trascendentalísimas que cambian por completo la organizacion y el modo de ser de los pueblos.

El agente de estas trasformaciones es tan vá-rio, tan múltiple, como las diferentes fuerzas que concurren á la existencia material: ya se envuelve en el denso humo de la locomotora que como idea de hierro pone en relacion en el corto espacio de algunas horas los más apartados países; ya en el incógnito fluido eléctrico, que trasmite por la masa metálica de un alambre el pensamiento del hombre á través de los campos y de los mares; ora afectando la más sencilla forma lleva por medio de un hilo telefónico la mágica palabra del orador eminente de uno al otro hemisferio; ora cabalgando en la fantástica vibracion de la luz solar trasmite con velocidad inaudita esa misma idea encerrada en el *fotófono*; bien se desliza en el sencillo razonamiento del misionero, bólido brillante que cruza la órbita trazada por la fé dirigiendo su rumbo á través de los mares y de los continentes en busca siempre de lo difícil y de lo desconocido; bien, finalmente, se encierra en el proyectil destructor de la potente artillería moderna, revistiendo con carácter de muerte lo que es gérmen de nueva vida y disfrazando con ropajes de guerra la semilla que más tarde ha de expeler de su seno el olivo de la paz y el laurel del trabajo.

Cumpliendo inconscientemente su fin, toman las naciones su origen en la reunion de dos familias, crecen y se desenvuelven hasta constituirse

en pueblo, se desarrollan hasta alcanzar el más alto grado de virilidad y descenden, por último, á su ocaso como el decrepito anciano cae en el sepúlcro cuando ha cumplido su mision sobre la tierra. Álzase en el páramo la esbelta colina matizada de una vegetacion abrupta, sembrando por doquier las negras manchas de sus dislocadas rocas y ofreciendo en sus oquedades un abrigo á la fauna y la flora de la desolada comarca; la vista del hombre llega un dia á encontrarse con ella, su mano la fertiliza, riégala el sudor de su rostro y conviértese en feraz terreno lo que ántes era inculto montecillo. El trabajo perfecciona la obra de la naturaleza y del trabajo, el humus forma extensa capa aglomerando en sí los abonos naturales de sus mismos productos, y aquella primera feracidad truécase en lujuriosa vegetacion para hacer de la colina el más delicioso vergel; pero llega un dia en que fatigada la tierra de producir dá síntomas de futura esterilidad, ó que el soplo del huracan desatando su fúria sobre el montículo abrasa las plantas y hace volar las rocas de su álveo, y desde aquel momento son inútiles los esfuerzos del agricultor: los árboles mueren corroidos en su raíz, se agostan los arbustos, aquella vegetacion tan exuberante en otro tiempo ya no llama sobre sí la benéfica lluvia encerrada en el seno de las nubes, y la colina se esteriliza de nuevo, el pára-

mo vuelve al páramo, cumpliendo su ley inmutable.

El que cultivó aquel terreno lo abandona á su destino, pero jamás de una manera radical: aunque parezca que hasta el recuerdo pereció en su alma, no obstante, piensa y medita una nueva forma de aprovechamiento que paulatinamente devuelva al páramo sus condiciones de vegetacion: mas como el continuado trabajo aniquila las fuerzas y estenua al trabajador, deja que aquella tierra descanse algun tiempo, que vuelva á viciarse en una flora rastrera y efímera, síntoma de nueva vida, y entónces vuelve al trabajo lleno de fé y de confianza en el porvenir.

Africa es, pues, el páramo del antiguo continente: estudiémosle, y veamos qué utilidades podremos obtener de él y qué medios habremos de emplear para conseguir que se haga productivo al gran concurso humano.

---

# I

La más tristísima experiencia nos dá al presente exacto conocimiento de la vida en esa gran region del planisferio que conocemos con el nombre de continente africano, y que como engañadora esfige nos presenta la silueta de su contorno para ocultarnos traidoramente los misterios de su centro. Los asesinatos de súbditos franceses por las belicosas tribus *jrumirs* en la regencia ó beyalato de Túnez, llevaron á las armas francesas hasta el palacio del Bardo, residencia del Bey, é hicieron tremolar la bandera tricolor sobre los sagrados muros de la Caasba de Beja: pretexto para dominar una parte del país, ó motivo justificado de guerra, la historia se encargará de juzgar á la Francia consignando en sus páginas la justicia de esta campaña, ó la sutileza de ingénio que su ambicion haya puesto en juego para llevar á cabo sin producir un *casus belli* la conquista ó anexion de

esta porcion africana: no somos, pues, los llamados á dilucidar esta cuestion, ni nos creemos competentes para vaticinar lo que de ella ha de surgir en pró ó en contra de la civilizacion y del progreso.

Si los acontecimientos no se hubiesen encadenado de tal manera que á los primeros disparos del fusil francés no hubiese respondido el grito del beduino Bou-Amema, tal vez la historia de aquella brevisima campaña dormiria el sueño del olvido: pero la cuestion de Túnez ha despertado el mal encubierto ódio de aquellas indomables tribus semisalvajes, y la insurreccion de la Argelia ha sumido en el luto no ya á Francia, su dominadora y enemiga, sinó á la España de Wad-Rás y del Serrallo, á la España que en 1860 supo conservarse limpio de toda ofensa el paño amarillo y rojo de su brillante y glorioso pabellon. Aquellos españoles que huyeron de la madre pátria temiendo el aciago porvenir de la miseria y buscando en las playas argelinas el refugio del trabajo; aquellos desventurados que en su amor á la vida pidieron á la emigracion la realizacion de una esperanza; que abandonaron sus lares halagados por el dorado sueño de conquistarse una posicion desahogada, guiados por el mentido espejismo que tantos brazos arranca á la industria y á la agricultura, esos mismos son las primeras víctimas de la catástrofe de Saida, heca-



tombe que parece como el prólogo de horribles acontecimientos si hemos de creer las versiones que circulan con autorizado carácter.

La guerra santa, próxima á predicarse por los árabes, amenaza lanzar sobre las costas europeas anjambres de fanáticos musulmanes para los que la mutilacion y el asesinato, el pillaje y el incendio parecen ser la más inocente diversion. Si esto es así, si crece la insurreccion en la Argelia francesa y suena de tribu en tribu el temible «¡Alhakbar!» de los morabitos excitando á sus adeptos contra el nombre cristiano, la insurreccion cobijará bajo sus sangrientas banderas á los bereberes, ammoros, árabes, beduinos, rifeños y cuantas kabilas merodean por el Norte del África para lanzarlas sobre las colonias europeas, y quizás más tarde sobre el mismo continente si la Turquía encuentra en medio de volver al terreno de las aventuras. Hoy tenemos que deplorar la muerte de 1.500 españoles, quizás de más si, como es presumible, son ciertas las últimas noticias que nos trasmite la prensa; mañana..... ¡quizás mañana lloremos sobre las ruinas de nuestra civilizacion!

El Gobierno de S. M., que tan oportunamente ofreció abrigo y amparo á la raza semítica perseguida sistemáticamente en los países slavos, tratará de conseguir una satisfaccion para nuestra bandera y una indemnizacion para los desvalidos

que vienen huyendo del terrible Marabout; pero no basta mirar al presente si desatendemos el porvenir, y hoy que afortunadamente podemos expresar libremente la idea, hoy que la libertad resguarda en el sagrado de su manto la pluma del escritor, todos y cada uno de los españoles estamos obligados, tenemos el ineludible deber de unir nuestra voz á la de esas víctimas y pedir al Gobierno enérgicamente que no se olvide ni por un momento de la España de Orán, de Viena, de Lepanto y de Wad-Rás; que vuelva por la dignidad de nuestro nombre tan respetado en Marruecos cuando aún resonaba en las cañadas de Sierra-Bullone el estampido de nuestra artillería, como el himno triunfal de un tratado de paz firmado en la ciudad santa de los marroquíes. Recuerde el Gobierno, recordemos también nosotros, aquella campaña de victorias que nos hubiese hecho dueños del Norte de África, si las ambiciosas intrigas de cierta potencia europea no hubieran interpuesto su *veto* á la causa de la civilización: los laureles de aquella encantadora epopeya se han agostado en manos de apáticos gobernantes, han perdido su verdadero matiz regándose con sangre de hermanos en titánica lucha civil, y la preponderancia española en Marruecos ha dejado de existir creyendonos entregados á las contiendas fratricidas, ó divididos en la lucha política. En vista de esto, considerand

con marcado estudio el estado actual de la insurreccion africana, ¿no debemos prever las contingencias que, aunque á la ligera, dejamos reseñadas? Nada de vanos alardes de ostentoso poderío, nada de amenazas á esa nacion hermana de la nuestra por la posicion geográfica, las costumbres y la libertad: olvidémonos que doscientos españoles conquistaron el dilatado imperio mejicano, para recordar que cuando nuestras provincias de Levante eran presa de horrible inundacion, Francia nos tendió su mano amiga y arrancó de las de sus hijos el pan que ofreció á Murcia y Almería. Desde aquel momento los dos pueblos se llamaron hermanos: dejemos, pues, que arregle sus asuntos interiores en completa independencia, si bien pidiendo reparacion á nuestros agravios, y arrojemos una mirada sobre el territorio que se extiende desde el Mediterráneo al Sahara.

Batidas cariñosamente por las suaves olas del primero, reclinanse las playas africanas, ya en dulce pendiente, ya en accidentada costa avanzando sobre las aguas como perezosa sultana que baña sus piés en la marmórea pila de su *alhamí*. Las arenas aglomeradas por la resaca ofrecen el primer obstáculo al marino que en ellas desembarca, y caldeadas por un sol ardiente abrasan los desnudos piés del náufrago para hacerle pagar de antemano las dulces sorpresas que el continente le

reserva. Alguna vez la pesada mole de una fortificación cimentada sobre estéril roca de la playa ó sobre desnudo islote, rompe la monotonía del paisaje con el blanco mate de las construcciones que le son anexas, ó el oscuro hueco donde la máquina de guerra asoma su boca, siempre sedienta de sangre: es Tabarca que guarda el puerto de Túnez, Melilla, Chafarinas ó Alhucemas centinelas avanzados de España, ó las augustas ruinas de la antigua Cartago, émula y víctima de la opulenta Roma.

Tras de esos muros, páginas de la historia ó lugares de corrección para el delincuente, el panorama cambia de una manera tan radical que el atónito observador no acierta á darse cuenta de lo que tiene ante su vista. Graciosos bosquecillos de azufaifos, naranjos, almendros y limoneros, esmaltados de las más caprichosas flores y perfumados con el aroma de sus frondosos árboles; verdes praderas casi vírgenes, apénas violadas por el húmedo arrozal, ó el tostado maíz; arroyuelos cuya transparencia deja ver las matizadas guijas de su álveo; verdes montañas cubiertas de granados, castaños y sicomoros, recortando sus siluetas sobre el encendido horizonte, y allá, en donde quiera que se fije la mirada, esbeltos grupos de cimbradoras palmeras que sacuden su copa acariciadas por la brisa marítima ó sacudidas por el terrible Simoun.

Formando contraste con este lujo de vegetacion y envueltas en una gasa blanco y rosa, aparecen en último término las crestas de una montaña, de una cordillera elevadísima, confundiendo su cúspide en la blanca envoltura de las nubes y tendiendo sus piés en una alfombra de verde yerba y corpulentos alcornoques. Este gigante de la naturaleza, eterno centinela que veda el paso al explorador como fijando ante él un insuperable obstáculo, es el Atlas, el coloso de las edades en cuya cima brilla el armiño de sus nieves mientras sus quebradas vertientes sirven de morada al rey de las selvas, y sus faldas cobijan á la tímida liebre y la perezosa chocha. Si imaginariamente apartamos este obstáculo, si salvamos sus ágrias cortaduras y descendemos por su cara del Sud, la decoración cambia de nuevo, como las fantásticas formas de un kaleidoscopio: una inmensa planicie árida, seca, agostada siempre por el ardor del sol, desnuda completamente de vegetacion y cuyo removido suelo presenta alguna semejanza con la agitada superficie del mar, despierta en nuestros recuerdos un nombre: el Sahara.

Alguna vez túrbase el silencio de muerte que reina en el gran desierto: ora es el poderoso rugido del leon, voz de reto con que el orgulloso monarca de las arenas desafía al hombre su constante enemigo; ora la histérica risa de la hiena, cons-

tante sepulturero encargado de exhumar los cadáveres sepultados por las trombas; ora el ladrón del chacal, eterno merodeador de los rebaños; ora el ligero galopar de un caballo árabe que, guiado por su jinete, pasa ante nuestra vista con la velocidad del rayo, huyendo siempre de ese infecundo suelo morada del sufrimiento y de la más terrible desolacion. Pero no es ciertamente el desierto con todas sus angustias, ni el leon con su terrible cólera, ni aún el funesto Simoun con sus devastadoras tempestades el peligro más temible de estas desoladas regiones: sobre todos ellos, más insuperable, más sanguinario, más feroz, descuella el eterno enemigo de las caravanas, el indomable ladrón pletórico de sangre y de pillaje: el insociable beduino. Siempre á caballo, sin separarse un solo momento de sus armas, rastreando como el lebre la huella que en las arenas imprimieron los camellos del comerciante y del viajero; inquirendo sin cesar al horizonte que ha de denunciar á su codiciosa mirada la víctima de su espolio, parece más bien la fiera que olfatea su presa que el hombre hecho á imágen y semejanza del Dios creador.

Sin vínculos que le ligen á la gran familia humana, sin otra habitacion que el movable techo de su tienda de crin ó la oscura caverna de la roca; satisfecho siempre de su agitada vida y cifrando su dicha en el goce sensual, vive ageno á las lu-

chas del espíritu y enemigo de las conquistas de la inteligencia. Planta parásita de la humanidad en quien no existe el amor á sus semejantes ni aun á su misma familia, el beduino vive sin creencias, sin fé, sin esperanzas: precisado como hombre á dar culto en su corazon á una idea, á tener una religion como norma de su vida, elige siempre el grosero fetichismo ó sigue la secta de Mahoma, que llaman al placer de los sentidos, sin concederles, no obstante, más valor que el que necesitan para justificar sus brutales instintos. Inútil es buscar en su corazon ni un átomo de espiritualismo porque sólo existe para el goce material: galopando sobre su corcel, esgrimiendo el sangriento yatagan, fumando perezosamente su *tchibuch* ó pipa turca, solazándose semidesnudo con sus mujeres ó sus cautivas, cuenta por goces los instantes de su existencia y durmiéndose en pensamientos de voluptuosidad sueña en episodios de sangre y depredacion.

Mas si este es el beduino, no es ménos degradado el habitante de las costas y de las vertientes del Atlas. Del lado de allá, parece que la aridez del Sahara justifica en algun tanto el carácter y las costumbres del beduino; pero si tendemos una mirada sobre el territorio de Túnez, Trípoli, Argel y Marruecos; si estudiamos uno á uno los pobladores de sus aduares, podremos persuadirnos

de que el habitante del desierto nada tiene que desear al morador de las costas. Moros, bereberes, rifeños, argelinos, jrumirs, marroquíes, cuantas tribus sustenta el Norte de África, tienen las mismas costumbres, las mismas inclinaciones, idéntico fanatismo é iguales aspiraciones: serán ordinariamente labradores ú hortelanos, artesanos ó mercaderes, pastores ó camelleros; pero siempre indolentes, siempre traidores, fanáticos siempre y refractarios á toda idea de civilización, afilan en el misterio sus terribles *gumías* y preparan su complicada espingarda para el momento en que suene la hora de destrucción de los pueblos cultos, la guerra santa predicada por sus fakires y marabuts contra los cristianos.

Ínterin ellos se crean con probabilidades de ser vencidos nada intentarán contra los europeos; pero en el instante en que dos tribus se pongan de acuerdo y sumando sus fuerzas crean que pueden hacer frente á las fuerzas extranjeras y entregar en sus manos los tesoros y las cabezas de los infieles; único objetivo de su codicia y su fanatismo, se alzarán como un solo hombre bajo el pretexto de una religion que no son muy escrupulosos en observar por lo que respecta á su parte espiritualista. Dominados por la indolencia y la codicia, poco afectos al trabajo y con demasiado apego á las riquezas, todos los medios les son aceptables cuando



tratan de adquirir aunque el robo sea uno de ellos y el dolo se haya hecho tan comun en las transacciones que casi parece inseparable al contrato.

Sustentando un fatalismo bárbaro é ilimitado, este pueblo no puede salir de su abyeccion si á éllo no le obliga la fuerza de una conquista, y despues de ella la exigencia de una costumbre: murmurando siempre su constante frase «¡estaba escrito!» se sobreponen á la adversidad y á la desgracia; pero á la vez se desprenden de toda iniciativa, de todo afecto al trabajo, y si caen en la pobreza y no logran recuperar sus bienes por el engaño ó la rapiña, encuentran en la indicada frase un medio seguro de justificar su indolencia y abandonarse en brazos de la pereza. Generalmente pasa el hombre su vida acurrucado en cualquier rincon de las calles ó las plazas, bajo la sombra de un árbol ó del arco de una puerta fumando su pipa y concertando con sus amigos el modo y circunstancias de caer sobre las caravanas, los viajeros ó las expediciones científicas, para arrebatárles con la vida aquellas riquezas ú objetos que despiertan su sed de poseer: entretanto aquellos campos feracísimos, aquel suelo pródigo en condiciones agrícolas, apénas si se vé surcado por el débil esfuerzo de la infeliz mujer que lleva á cabo la siembra y la recoleccion de las semillas con un trabajo ímprobo y una resignacion completamente

estúpida. País de grandes condiciones mineras, casi puede decirse que este ramo no se explota, ó si se hace es de una manera tan exígua que apenas si de la tierra se extrae el mineral más indispensable para los usos de la vida, quedando perdido para la humanidad el tesoro más rico, la fuente más inagotable de riqueza que registran quizá los fastos geológicos.

De todos conocido el país y poco ignoradas las costumbres de sus habitantes, no insistiremos en descripciones de usos y costumbres que, aunque llenos siempre de novelesco atractivo, nada nuevo nos han de dar á conocer, y pasaremos á examinar si conviene llevar á cabo la intervencion armada, ó habremos de quedar en la inaccion y el indiferentismo sin hacer nada en pró de la civilizacton, ni sacar á este desdichado país de la posturacion en que se encuentra y que le impide, siendo quizá el más rico, formar parte del mundo científico é industrial.

## II

Si atendemos al asombroso pasado del Norte de África y consideramos por un momento su presente, no podremos ménos de temerlo todo de su porvenir.

Un dia sentó en él su planta la civilizacion naciente augurando su rápido crecimiento un espléndido futuro, asombrando al mundo con la opulencia, la fuerza y la inteligencia de sus hombres y de sus ciudades, primitivos planetas que surcaron su cénit para apagarse despues en el humo del incendio y el caliginoso olor de la sangre. Hippona, pátria del insigne filósofo Agustín; Bona, Thunetum, Cartago, mil ciudades africanas á cuyos nombres van unidos los de Régulo, Scipion, Amílcar, Julio César, Caton y otros tantos géneos ilustres de la antigua historia; emporíos de la civilizacion y del comercio, residencia de reyes númeridas, de generales romanos y lacedonios, baluar-

tes sobre los que han pasado en vertiginosa carrera todos los horrores de la guerra, todas las invasiones, todas las razas, cayeron un dia en poder de los turcos que no respetaron ni aún sus venerables ruinas destruyendo por el hierro ó por el fuego aquellas páginas de piedra de la historia del mundo. Sólo quedan en pié Bona y Thunetum (hoy Túnez), pero tan cambiadas, tan diferentes á lo que fueron en su grandioso pasado, que más bien parecen aduares construidos por los beduinos, que las soberbias poblaciones donde vieron la luz aquellos árabes españoles que fueron el asombro de la Edad Media y el justísimo orgullo de sus kalifas soberanos.

Mas ¿cómo han caído en la postracion en que hoy se encuentran? Fácil es hallar contestacion á esta pregunta y de antemano la tenemos dada: llegaron al apogeo de su brillo, cumplieron su misión en la historia, y el páramo volvió al páramo. Su existencia hubiera sido ménos fugaz si las hordas musulmanas no hubiesen caído sobre el África en son de conquista, y el fanatismo respetase el recuerdo del pasado; pero el Corán nada consiente si á su doctrina se opone: predica guerra de muerte á las poblaciones que resistan á sus armas y á los hombres que no acepten su fé, y hombres y ciudades caen á los golpes de sus fanáticos sectarios, ahogados por la perspectiva de una vida fu-

tura enteramente dedicada al placer de los sentidos.

Efecto de esta misma intolerancia no pueden arraigar en el África las ideas de progreso ínterin la fuerza de las armas no les abra un camino y las coloque en situacion de estabilidad por el prestigio de la victoria. Preferible seria que á los horrores de la guerra sustituyesen las persuasiones de la paz, ideal que el hombre acaricia como limite de su perfeccionamiento: mas cuando los pueblos se niegan á oír la voz de la razon, cuando sistemáticamente se persigue hasta la vida de la ciencia asesinando los exploradores geográficos cuya santa mision se reduce á dar á conocer al hombre el planeta en que vive, entónces fuerza es apelar á la guerra como vehículo del progreso. Se nos dirá que ni los marroquíes, ni los jrumirs, ni las demás tribus norte-americanas han sido los verdugos de los mártires de la ciencia; que el Sudán, el Níger y las llanuras de la Núbia distan mucho de las costas y que los enviados por las sociedades geográficas atravesaron impunemente los territorios hoy en rebelion; pero aún cuando esto sea así, aún dado el caso de que nada se haya intentado contra los viajeros en esta region, más y por miedo á las contingencias del crimen que por aversion á él, ¿quién puede garantizarnos de que los asesinos no hayan sido aleccionados por la

barbarie de estas tribus? Si el Norte de África hubiese estado dominado por las naciones europeas que tienen hácia él incuestionable derecho ¿no hubieran recibido las expediciones científicas el auxilio necesario en caso de un ataque de los negros?

Por no arrostrar una vez la oposicion diplomática ó armada de algunas naciones europeas que nada absolutamente tienen que conservar en África, está vertiéndose casi incesantemente sangre inocente de los sábios que generosamente exponen su vida en aras del saber y de la civilizacion; yacen incultos é improductivos para la humanidad feracísimos campos, vírgenes aún de toda explotacion agrícola; perdidos multitud de terrenos minerales que tanta falta hacen á la industria y al comercio de las naciones cultas; ignoradas yerbas y plantas medicinales que acaso encierran en sus hojas el remedio eficaz y seguro de muchísimas enfermedades que hoy se tienen por incurables y, finalmente, una parte importantísima de nuestro planeta permanece en la barbarie, mientras los afortunados seres que habitan en las demás dominan el rayo, la luz y las tempestades. ¿Por qué esta diferencia de hombre á hombre? ¿No es un crimen dejar á los africanos sumidos en el salvajismo por contempORIZAR con inmoderados celos?

El siglo XIX, que fija en una hoja metálica la voz humana para oír á través de los tiempos la pa-

labra de los séres queridos que cesaron de existir; el siglo que pone en comunicacion submarina la Francia y la Inglaterra construyendo un ferro-carri-  
ril por debajo del paso de Calais, tiene tambien sus proyectos gigantescos en el África, proyectos que habian de entrañar utilidad inmensa, siendo uno de ellos la colonizacion del Sahara, bien sacándole con una red de canales, bien convirtiéndole en un mar interior que nivelase en lo posible la candente temperatura de esta region. Pero ni esto es hoy factible á pesar de los modernos adelantos, ni puede llevarse á cabo ínterin las kabilas merodeen en sus alrededores impidiendo el paso á la ciencia: si algun dia se realizase este sueño del presente, el comercio tendria abiertas las puertas de inmensos almacenes desde Fez hasta la Basutolandia, desde el Senegal hasta el Niger. Desapareceria esa infranqueable barrera que hoy ofrecen las condiciones climatológicas del país y la crueldad de sus habitantes; la ciencia, enriquecida con nuevos descubrimientos, dejaria de ignorar muchas cosas que hoy le son un misterio, y el África toda, como nuevo cuerno de la abundancia, derramaria sobre la superficie del globo el marfil de sus elefantes y el polvo de oro de sus yacimientos ó placeres. Cuando Colon descubrió las costas de América, se adelantó en un solo dia más que en el trascurso de muchos siglos: el Colon africano son

las naciones latinas, y África como América tiene mucho oculto á los ojos del hombre.

Volvamos, pues, sobre nuestros pasos y analicemos la conveniencia de la intervencion latina en el Norte de África, ó sea en el espacio comprendido entre el Mediterráneo y el Sahara.

Hemos sustituido la palabra latina á la europea porque tenemos para ello poderosísimas razones. Las potencias de origen latino han sido siempre por su vecindad con África las que más han intervenido en su historia, y las únicas que tienen hoy colonias enclavadas en las costas de esta region. Portugal, pegado á España por toda la extensión de su frontera oriental, ha regado con la sangre de sus hijos el suelo africano desde la expedición desgraciada de D. Sebastian, hasta la conquista de los pequeños puertos en que hoy tiene establecidas sus factorías: España, que fué dueña de Orán y dominando casi todo el Norte estableció sus puestos avanzados en Ceuta, Melilla y las plazas que aún conserva, ocupó también parte de las costas occidentales, y más tarde ciudades del interior como Tetuan, que es la última etapa de la guerra de 1860: Italia, á quien debe su antiguo esplendor esta porción del continente africano y con cuyas ruinas atestigua los derechos que le ha transmitido la historia, y, por último, Francia, dueña hoy de Argelia y de Túnez, que no otra cosa significa do



protectorado del beyalato y cuyos dominios se extienden tambien por las cosas occidentales, son las potencias llamadas á entender en los asuntos africanos y á formar la union de la raza latina contra la ambicion de la raza slava.

La llamada *cuestion de Oriente* ha de ser la que tarde ó temprano una á las cuatro naciones indicadas, porque la paz de Europa no puede consolidarse definitivamente mientras no se constituya un imperio bizantino, arrojando de nuevo á los turcos sobre las mesetas del Asia. Ínterin exista la Turquía europea, existe el peligro en las costas del Sud de Europa, porque el sultan es el jefe espiritual del mahometismo y puede concitar el ódio africano contra los pueblos civilizados en el momento que crea oportuno: para privarle de esta alianza y conjurar los males que ofrece el porvenir, no vemos otro medio que la dominacion latina en el Norte de África.

Al escribir estas líneas, circulan por la prensa rumores alarmantes y que ya habíamos indicado más arriba: dicese en un telegrama de Paris que «se asegura que Bou-Amema ha conseguido sublevar las tribus marroquíes.» Esta noticia que viene á confirmar nuestros temores, nos dará sobrada razon para intervenir en los asuntos de Marruecos, porque las fuerzas del sultan serán incapaces de dominar la insurreccion de los que en tiempos de

la dominacion conservadora pidieron á España una proteccion que el Gobierno les negó torpemente. Aquella falta de política puede traernos graves complicaciones porque los desórdenes de Saida y Sfax, son la chispa que comunica el incendio al Riff, y los rifeños ni olvidan el desaire, ni perdonan la ofensa que se les infiere. El Gabinete presidido por el Sr. Sagasta no desperdiciará, de seguro, la magnífica ocasion que se le ofrece para el engrandecimiento de España, porque si en algun tiempo tuvo Inglaterra la idea de oponerse á la anexion de Tetuan y Tánger, hoy esa misma potencia declara en pleno Parlamento que «España es la nacion que con más justicia puede intervenir en los asuntos de Marruecos.»

Y ya que de Inglaterra hablamos, justo es que llamemos la atencion de nuestros gobernantes hácia las miras ambiciosas de esta nacion respecto del África. Cuando para vergüenza nuestra aún ondea su pabellon en territorio de España; cuando á trueque de obtener un puñado de oro fomenta el fanatismo africano, organizando las fuerzas marroquíes y dotando sus plazas de potente artillería, sueña con la posesion del Egipto, para el dia, quizá no lejano, que tengã que abandonar la India como ha abandonado el territorio de Transvaal despues de una guerra en que sólo registra su historia vergonzosas derrotas. Dueña de Gibraltar y

del Egipto, no tardaría tampoco en intentar algo sobre el Mediterráneo que es su punto objetivo por más que aparentemente finja la más hipócrita neutralidad; y si esto sucediese, si dormidos en nuestra inacción dejásemos realizar sus dorados sueños, no tardaría España en sentir los efectos de su protectorado, pesada cadena que hoy aprisiona á nuestros hermanos de Portugal.

Mas no es solamente Inglaterra quien tiene pretensiones á colonizar el África: alguna potencia nó marítima y que de hace algun tiempo está constituida en estado militar, ha fijado su atención en dicha costa pretendiendo adquirir por compra un puerto aunque pequeño, ya que no tiene derecho ni motivo á poseer algo más por la fuerza de las armas. Esta circunstancia que al parecer no entraña objetivo político, reviste una gran importancia si nos detenemos un momento á examinarla: el Mediterráneo es la ruta del comercio latino, el camino más recto para los buques que llevan al Asia meridional nuestra política y nuestras producciones, para traerlas de aquel suelo tan apartado y dominar la region filipina: es el mar interior que garantiza la seguridad de nuestras islas y de nuestro litoral, y desde el momento que permitiésemos á una potencia slava tremolar su pabellon en un puerto africano, habríamos herido de muerte no sólo la independenciam de nuestras po-

sesiones, sinó la integridad de nuestro territorio y la seguridad del comercio. Conviene, pues, á nuestra política no dejarse alucinar por el pretexto, y no consentir frente á las Baleares un bastion que pueda ser constante amenaza para sus costas: Córcega y Cerdeña como Sicilia y las Baleares tendrian mucho que temer de una escuadra extranjera que tuviese su refugio en el mismo mar que las baña. Si, por el contrario, las cuatro naciones llegasen á tener alguna preponderancia política en el Norte africano, bien por la adquisicion de ciertos puntos extratéjicos como trofeos de guerra, bien ejerciendo el protectorado por transacciones diplomáticas, sobre ser mayor su prestigio en el concurso europeo tendrian garantida la paz por su frontera del Sur y nada habrian de temer de un territorio que es hoy su constante amenaza.

De todas las naciones latinas, España es la más interesada en llevar á cabo la intervencion: infinidad de familias españolas habitan hoy en Tetuan y Tánger amenazadas del peligro más espantoso si estalla la insurreccion en Marruecos; Ceuta es el centinela avanzado en el Riff y sus moradores habian de ser los primeros en lamentar cualquier acto de rebelion de las kabilas; el escaso fruto obtenido en la brillante campaña de 1860 perderíase en un momento de vacilacion, y España estima demasiado su honra para olvidarse de

que cumple á su historia. Hay más aún: desde el momento en que nuestra pátria intervenga en la cuestion de África, tiene que pensar en poner en estado de defensa todos los puntos extratécnicos de la costa, y fortificada convenientemente Tarifa del lado de acá y la isla del Peregil ú otro punto conveniente del lado de allá del Estrecho: cerrada así la comunicacion de los dos mares por una doble fortaleza que cruzara sus fuegos, Gibraltar, ese giron de nuestro manto sobre el cual tremola el pabellon inglés como un eterno sarcasmo á la debilidad de un momento, Gibraltar, repetimos, habria perdido su importancia y la Gran Bretaña lo abandonaria sin necesidad de acudir á la fuerza.

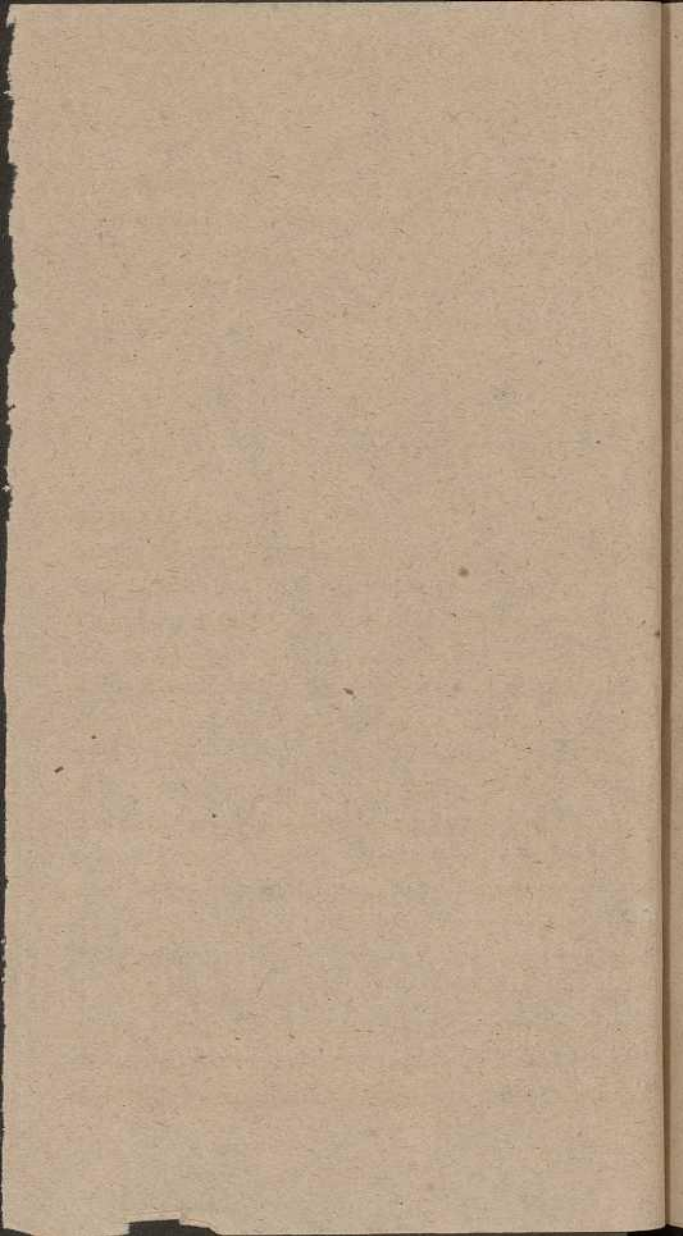
Aparte de estas razones, poderosísimas en nuestro concepto, tenemos la de nuestro honor nacional y de nuestro engrandecimiento del porvenir. Hoy son los infelices colonos de Saida las víctimas propiciatorias de la ferocidad de Bou-Amema, y su sangre está clamando venganza; muchos de ellos habrán abandonado la madre pátria obligados por la represion de un ideal político, y escribiendo en su frente la palabra «Trabajo» al lado de la de «Libertad», habrán ido á buscar la muerte en los espartales de Campillo por no violar el principio santo que defendia su corazon: España, que al presente goza de esa libertad que los expatriados anhelaron; España, que en medio de sus

dolores los ha bendito mil veces bajo la mordaza que sellaba sus lábios, tiene hoy el ineludible deber de no consentir que sea estéril su sangre é infructuosos sus sueños, y España tomará la parte que en el conflicto le corresponde porque hoy felizmente está regida por hombres que han probado más de una vez el amargo pan de la emigracion.

El Gabinete que bajo un criterio tan ampliamente liberal ha abierto sus brazos á los israelitas expulsados de Rusia y Alemania, no puede descuidar lo que respecta á nuestro porvenir. La idea democrática desea que en la gran familia humana no haya más divisiones de raza, ni se conozcan límites á las nacionalidades: refúndese en el lema «sólo un pueblo, sólo una patria, sólo una religion,» y en pró de este ideal tan civilizador, tan humano, tan grande, tiene derecho á exigir de los hombres libres cuanto su experiencia y su talento puedan sugerirles. El dia que España ensanche sus dominios en el Norte de África; el dia que, sómetidas las tribus marroquíes, ejerza sobre ellas su protectorado, habrá unos cuantos millones de españoles más, pero no existirá entre ellos ni un solo esclavo. La ley y la costumbre harán el resto: si para plantear la base de la civilizacion tuviese que apelar á la guerra como único medio de penetrar en los aduares de esos infelices, el benéfico influjo de la paz y el contacto con hombres civili-

zados serán despues suficientes á cambiar los hábitos y las creencias de los rifeños, porque no hay enseñanza más práctica y eficaz que la que se consigue con el ejemplo.

No pedimos que nuestras armas vayan á explotar el África como en otro tiempo expoliaron la América nuestros Adelantados; no exigimos que se impongan á esas tribus onerosísimas cargas como rescate de su servidumbre; nuestra mision es más santa, más noble: el engrandecimiento de España no puede cifrarse en un puñado de zequies, sinó que está en los productos agrícolas de aquel suelo, en sus bosques maderables, en sus terrenos mineros, en su casi desconocida flora, en su industria de perfumería y de curtidos, en una palabra, en el concurso de sus brazos y de sus producciones á cambio de nuestro concurso y nuestra produccion. Los queremos hermanos, nó vasallos; deseamos que los rijan nuestras leyes y los illustren nuestras costumbres, nó que los entreguen atados de piés y manos á una avaricia que felizmente no sentimos: estas son las aspiraciones de nuestro pueblo, esta la síntesis de su dominacion en África; el dia que esta idea fuese comprendida por los súbditos del Emperador, la bandera española cubriria con sus pliegues la alcazaba de Fez, sin haber sonado ni un disparo de fusil para izarla sobre el tope.





### III

Si este resultado hubiera de conseguirse por la vía diplomática; si se discutiese en un Congreso europeo con la imparcialidad y recta justicia que tan grande causa exige; si tuviésemos la evidencia de que por este medio triunfaba la causa de la civilización, la raza latina estaría dispuesta á apelar al plebiscito de Europa representada por su Cuerpo diplomático, ántes que resolver la cuestión por el violento medio de la guerra. Conste así al mundo todo: España nó desea más que libertad, paz y trabajo; pero no puede consentir tampoco que frente á sus costas meridionales reine la desoladora anarquía del asesinato y del incendio. De esta anarquía nacerá un deber para nuestro país, deber sagrado, inmenso é ineludible, y España le cumplirá como cumple sus grandes obligaciones.

La hora de la intervencion ha sonado en el reloj de la historia; los pueblos latinos deben prepa-

rarse para el gran acontecimiento sin temor á las imposiciones de naciones extrañas al gran problema, porque la voz del progreso les dice como al Judío Errante «¡anda!» Su mision es muy sagrada, muy grande: están encargados de llevar la luz á esos infelices cuya inteligencia, embotada por el sensualismo, hace perfecto nivel con su ignorancia; van á redimir á sus hermanos de la esclavitud del fanatismo para reintegrarles á la vida de la idea, y esta religion universal, este bautismo eminentemente moralizador puede traer al concurso humano tal vez más descubrimientos que los que registra la historia hasta nuestros dias.

Civilizado el Norte africano, abiertas al comercio, á la ciencia y á la industria las vías de comunicacion con el centro de África, ejerciendo saludable influjo las nuevas costumbres hasta más allá del Sahara, podrán los Liwistongs, los Stanley, los Speke y las Carla Serena recorrer el mapa de esta region de Levante á Poniente, de austro al septentrion, consignando en sus diarios de viaje multitud de descubrimientos é infinidad de observaciones.

Abierto espontáneamente el gran libro de la naturaleza podrá la ciencia geográfica señalar con matemática exactitud el curso de muchos rios que hoy son casi desconocidos, y que como anchas arterias llevan el riego de sus aguas á impenetrables

selvas que jamás tal vez ha pisado la planta del hombre; llegará á conocer perfectamente la estructura, situacion y climatología de montañas que hoy fija en el mapa casi al azar; abrirá caminos directos desde la costa de Guinea á Tembuctu, desde Tembuctu hasta el Egipto, señalando su derrotero al comercio y á la industria; reconocerá los lagos interiores que dan origen al Zambeze, las fuentes termo-minerales que brotan en diferentes regiones y que los viajeros no han podido observar con detenimiento por la barbárie de los naturales; descubrirá á la historia, tal vez, recuerdos de una primitiva civilizacion que hoy desconocemos, y en cada una de aquellas montañas, en cada curva de sus rios, en cada uno de sus valles encontrará un dato, una solucion quizá, del gran problema del África.

La geología no adelantará ménos que su hermana la geografía: tomará en su mano las arenas del Sahara y descubrirá si el gran desierto es el seno de un mar interior, ó un valle cegado por un aluvion de arcillas arrancado á las montañas vecinas por el potente esfuerzo del *Simoun*; romperá con su martillo las rocas de esas montañas, buscando su origen en el seno mismo de su materia, y analizando las cristalizaciones que presentan podrá apreciar la existencia de metales y metalóides acaso desconocidos para el resto del mun-

do y de inmensa aplicacion para la ciencia ó la industria; penetrará en el seno mismo de esas gigantescas cordilleras para analizar su origen, examinar sus restos quizá volcánicos y describir en ellas su edad para reconstituir su historia; en su atrevida y segura escursion, pondrá de manifiesto á los ojos del hombre los tesoros de la naturaleza, escritos ya en páginas de hierro, cobre, plomo ú otros metales preciosos, ya en la perfecta cristalización de la esmeralda, la amatista y el diamante, y, finalmente, se abrirán los senos africanos ante la ciencia que así los solicite y que nueva lámpara de Aladino los hará brotar de las entrañas de la tierra para arrojarlos á los mercados de Europa.

La astronomía ensanchará el campo de sus conocimientos estudiando en mejores condiciones, ya el importante fenómeno de los eclipses que nos han de dar á conocer las condiciones y elementos del astro-rey, ya las brillantes constelaciones del hemisferio austral, ya los pasos de Vénus por delante del sol, ya, finalmente, mil problemas que se desenvuelven en esa inmensidad de mundos suspendida sobre nuestras cabezas en la intrincada red de sus órbitas.

Las ciencias médicas hallarán nuevas especies, nuevos elementos de curacion en la flora y mineralogía de la region africana, haciéndose poseedoras de una multitud de secretos que hoy les oculta

el pecho del árabe, y adelantando tal vez en un solo día mucho más que en todo el decurso de su larga edad.

Las artes recolectarán en abundancia las primeras materias de su producción, ya explotando las canteras de mármol que necesariamente han de existir en el seno de sus montañas, ya las maderas finas ó de construcción que forman sus innumerables y seculares bosques, ora el marfil que cada día se vá haciendo más costoso por la dificultad de su transporte, ora el nácar de las conchas que yacen en las costas ó en el éauce de sus rios, bien el preciado carey de sus torturas ó bien el rico bronce de sus minas.

La prehistórica deducirá hechos de los fósiles que descubran las excavaciones mineras ó la acción de las aguas en los flancos de las montañas; clasificará sus terrenos y capas de formación primaria, secundaria ó terciaria; reunirá los restos lacustres ó coleccionará los de la Edad de piedra; estudiará con ardiente interés el cráneo petrificado de la primitiva raza, el tosco instrumento que la casualidad ó el trabajo hagan llegar á sus manos, y uniendo resto con resto, dato con dato, observación con observación, reconstituirá la historia del continente que hoy yace perdida y ni áun por tradición conocemos.

La física podrá inquirir con menor esfuerzo los

fenómenos del calórico, la luz, la electricidad y la acústica; levantará Observatorios que le permitan estudiar la naturaleza, leyes y composición química de los planetas; penetrará, tal vez, ayudada de la astronomía en el secreto de la vida sideral, y entónces nuestro pequeño globo, este átomo que gira entre los inmensos mundos de la creación universal, podrá seguir paso á paso la historia de sus hermanos y ¡quién sabe si podrá algún día penetrar en los secretos de lo infinitamente grande!

La civilización, pues, exige un paso para iluminar al África, y las naciones latinas están en el deber de abrirle camino; de lo contrario podrá decirse la historia: «¡Cain, Cain! ¿qué has hecho de tu hermano?» Si las terribles escenas de Saida no conmueven el corazón de la Francia; si por primera vez en su historia contesta con indiferencia al grito de angustia del padre y al desgarrador quejido del huérfano; si en incomprensible inercia deja que Bou-Amema recorra la región sahariana predicando el exterminio de los cristianos, de los europeos, de los expatriados que dan vida á sus colonias, recuerde al ménos que ella misma en cierto día pidió á los pueblos cultos su ayuda para borrar del libro de la humanidad el sanguinario reino de Dahomey. La civilización exige que estas despóticas monarquías desaparezcan en la tumba que sus mismos crímenes les abren, y este será

otro de los triunfos que el porvenir reserve á la intervencion latina. La consagracion del monarca dahomeyano Bahadu en 1862, levantó un grito de justa indignacion en todos los pechos generosos: más de cien víctimas humanas habian sido degolladas para aplacar el espíritu del rey Ghezo, padre del monarca reinante, y cuya memoria se creia ofendida porque en la noche del 10 de Julio un violento terremoto conmovió todo el reino, y los hechiceros no sabiendo explicar este fenómeno, dijeron á Bahadu que su padre estaba encolerizado por no haberle consagrado suficientes *tributos*. La escuadra inglesa forzó la barra de Abomey é impuso su *veto* á los proyectos que el feroz monarca acariciaba de destruir y saquear á Abbikutah en desagravio á los manes de su padre.

Este borron de ignominia está afeando el mapa del mundo, y á las naciones latinas corresponde arrojar sobre él la primer gota de agua abriendo con su intervencion en el Norte camino á las ideas modernas y paso á los ejércitos europeos. Dirán que ni la Francia, ni la Italia, ni Portugal, ni España están en disposicion de correr aventuras; querrán demostrar que estas dos últimas naciones no pueden poner en pié de guerra grandes ejércitos por el estado de su hacienda: no importa. Cuando en Iberia (y en esta palabra resumimos las dos nacionalidades), cuando en Iberia se trata

del honor y de la civilizacion, cada soldado es un héroe, cada ciudadano es un soldado y cada pecho una inexpugnable fortaleza.

Dia llegará en que en las dos naciones hermanas, unidas hoy por el amor á las letras y el cariño más intenso, suene el grito de «¡al África!» y entonces verá Europa lo que pueden esos exiguos contingentes, esas mermadas tropas que han escrito en sus banderas el lema de «Honor y libertad.» ¿No ha intervenido Inglaterra en el Afghanistan á título de mediadora? ¿No se hubiera anexionado su territorio si el espíritu de independenciamiento no hubiera unido á los afghanos? ¿Por qué, pues, habia de oponerse á que la raza latina hiciese por la civilizacion lo que ella ha hecho por ambicion de dominios?

¡Despierta, Francia! Mira que tu pabellon se arrastrará por el fango si no vengas la ofensa inferida en Saida á tus hermanos los españoles: repara que las huestes del marabut crecen de dia en dia asolando en constantes *razzias* la más rica de tus colonias; observa que si no te apresuras á dominar esa insurreccion, puede Europa argüirte de mala fé en el protectorado de Túnez; mira que si para arrojar al desierto las hordas del terrible jefe necesitas debilitar más tarde el contingente que guarece tus fronteras, algun enemigo cercano pudiera aprovecharse de tu imprudencia y plantar el



vivac de sus tropas ante los muros de París como en 1870; no olvides, por último, que tu misma República te manda usar de igualdad y fraternidad con tus hermanos, y hermanos tuyos son los fugitivos oranenses.

¡Despierta Italia! Mira las fuerzas de Turquía concentradas en la frontera de Trípoli; considera que tal vez un día unidas á las tribus argelinas pueden caer como devastador granizo sobre Sicilia, Córcega y Cerdeña; ten en cuenta que no basta que hayas cimentado tu unidad si dormida en tus laureles no terminas tu obra poniendo tus costas á cubierto de un golpe de mano acaso más inminente de lo que tu crees. ¡Despertad, Francia é Italia! Despertad, y deponiendo ódios mezquinos, sacrificando mutuamente rencores que atiza tal vez oculta mano enemiga, dáos el fraternal abrazo que vuestras tradiciones de raza os exigen.

Y tú, Portugal, pequeña porcion de la Península Ibérica, pero gran nacion por tu historia; pacífico pueblo que vives para el trabajo y felizmente respiras una atmósfera liberal; nacion sensata que á tus solas cimentas en una brillante juventud estu- diosa la sólida base de tu porvenir, ¡ven á los brazos de tu hermana la España, y formando con ella sincera alianza id á robustecer la union latina si ha de salvar el Mediodia de Europa! Nada te impide la ambicion, nada la fuerza, nada la política:

si España te demuestra este deseo; si para satisfacer una aspiracion legítima que ha de honrar á las dos naciones anhela que sus fronteras sean el Atlántico y el Mediterráneo quiere, en una palabra, la union sincera y leal de las dos potencias, es porque el primer lazo de esa union le han formado los brazos de los estudiantes de Coimbra, Madrid y Salamanca en dia glorioso no muy lejano. Sacude con mano fuerte la *desinteresada* proteccion de la nacion comercial, y si proteccion necesitas de dártela se encargará el pueblo español que es la sangre de tu sangre.

¡España, pátria querida de los desamparados, refugio del que sufre, madre cariñosa del que busca en tu amparo un lenitivo á sus dolores, suelo bendito donde vive eternamente la más inagotable caridad en armonioso consórcio con la nobleza de sentimientos: no te dejes llevar por un primer impulso, ni aconsejada de tu mismo honor vayas más allá de lo justo! Exige, en buenhora, reparacion á la ofensa, porque tu dignidad está interesada en obtenerla, pero nada de violencias, nada de temerarios alardes. Cuando llegue el momento oportuno pide la parte señaladísima que en la gran obra te corresponde por tradicion, por historia, por ese *quid* inexplicable que ha colocado tus costas frente á las playas africanas como los lábios que se unen para dar un beso de paz al antiguo continente.

Preciso es, pues, que fijos en este gran ideal excitemos al país y al Gobierno á no perder ni un momento de vista tan importante cuestion: mientras puedan resolverse las dificultades que en el África surgen de una manera pacífica, sólo quere-mos para nuestro pueblo paz y trabajo; pero ántes que ver hollada nuestra dignidad, ántes que per-der por apatía nuestras posesiones africanas y el prestigio de nuestro pabellon en Marruecos, todos y cada uno de los españoles sin distincion de eda-des, opinion ni condiciones, volaremos al África para conservar alto como siempre el glorioso nom-bre que nuestro pueblo adquirió.

Una catástrofe imprevista es á veces precursora de una gran efeméride de gloria: tal vez los asesi-natos de Saida sean el escabel del futuro engran-decimiento de España, porque la sangre de los mártires nunca es improductiva á la humanidad: quizá las *razzias* de Bou-Amema sean el principio del fin para la barbárie de esas tribus: acaso entre las ruinas del incendio se han labrado la tumba de su ferocidad, y al calor de las mismas piras donde crugian los mutilados restos del niño y del anciano, empieza á germinar la benéfica semilla de la rege-neracion.

No insistiremos más, no añadiremos una nueva consideracion á las ya expuestas. La raza latina tiene esta gran mision que cumplir y sabrá cum-

plirla: mas para ello se hace preciso que las cuatro naciones se unan en estrecho vínculo, y esta union se ha de cimentar en la libertad, la paz y el trabajo. Nada de temor á la diplomacia europea, porque Europa toda está interesada en reconcentrar su caduca existencia en tierra nueva cuyo calor haga vivificar de nuevo la hermosa planta de los adelantos modernos: mas si por envidia se concitasen contra la union latina los infundados celos de alguna potencia; si desoyendo la voz de la razon hubiere quien intentase detener este movimiento civilizador, esta corriente que va á llevar nueva vida á regiones casi desconocidas para regenerar las razas que las pueblan, la raza latina será cumplir con su deber y el anatema de los siglos pesará sobre la conciencia del que así se oponga á la victoria de la inteligencia.

**Antonio Pareja Serrada.**



ro  
on  
t-  
a,  
l-  
a.  
d  
n  
o  
a  
i  
a  
e  
sa  
si  
r

PUNTOS DE VENTA

---

Los pedidos á la Direccion de *La Propiedad Intelectual*, plaza de Celenque, 3, entresuelo, y al autor, Jacometrezo, 8, principal derecha.

